

XIX

Todas esas tristezas evocaba Didier delante de Marcela, tendida en el lecho, quebrantada por el dolor que había sufrido al creer que iba á estrechar á su hija entre sus brazos y encontrarse con una extraña.

Unos cuantos minutos bastaron al señor de Prades para hacer revivir estos recuerdos, sobre los cuales hemos tenido que extendernos algo, porque así lo exigía el interés de nuestra narración. Después, cesó de recorrer el cuarto, quedó más en calma, se sentó á la cabecera de la cama de Marcela, y los dos, con lágrimas en los ojos, la voz conmovida, se preguntaban qué habría sido de su hija, y qué deberían hacer para encontrarla.

¡Ay! ¡París estaba de fiestas! Celebraba á la vez el domingo, un espléndido domingo de verano y el día del gran premio. Las ocho de la noche acababan de dar. ¿Hacia qué parte dirigir sus investigaciones? ¿A quién dirigirse? En las comisarías de policía no se encontra-

ban á aquellas horas más que empleados subalternos. Además, todos los puestos de policía del barrio habían sido advertidos. Las oficinas de la Prefectura estaban cerradas; ¿las abrirían para oírles su queja? ¿El robo de un niño era acaso un hecho extraordinario, susceptible de conmover á París, donde se cometen diariamente tantas infamias y tantos crímenes?

Didier no tenía valor para permanecer en su casa; sus nervios, excitados, le impedían estarse quieto en un sitio; sentía necesidad de aire y de movimiento. Salió, sin saber dónde iba, confiando á la casualidad el cuidado de dirigir sus pasos. Tomó maquinalmente el camino de los Campos Elíseos, para volver á ver el sitio donde Luisa había estado, y donde había permanecido, junto á su madre, antes de que la robasen.

La avenida estaba á oscuras completamente. En las sillas colocadas al lado de la carretera, indicadas por Marcela, Didier vió sentadas un grupo de muchas personas que departían alegremente.

Dos ó tres vendedores ambulantes aún andaban por allí; corrió presuroso á preguntarles. ¡Nada! ¡no habían oído nada!

Los guardias se paseaban mirando á un lado

y á otro. Como el señor de Prades no pensaba más que en su hija, creyó que tenían la misión de buscarla, y se unió á ellos para pedirles noticia: aquellos hombres estaban haciendo su servicio diario, y no sabían de qué les hablaba Didier.

De repente, entre los árboles, vió un niño que parecía que erraba por allí á la ventura.

Su corazón latió con extremada violencia... Acaso sería Luisa, que volviéndose instintivamente adonde se había perdido, buscaba á su madre. Corrió al encuentro de la niña, y la cogió en sus brazos para verla mejor.

—¡Déjame! ¡déjame!—gritó ella.

Al mismo tiempo se presentó un hombre de la misma edad que Didier.

—¡Ah!—le dijo éste dejando á la niña en el suelo,—¡dispensadme! Se me ha perdido una hija, y creía haberla encontrado.

Bajó corriendo la avenida de los Campos Eliseos. Aquellos sitios le causaban horror; tenía deseos de perderlos de vista. Atravesó la plaza de la Concordia, y siguió por la calle de Rívoli. Según las noticias de Marcela, la persona de quien se sospechaba que hubiese robado á la niña, se había dirigido hacia aquella parte. Siguió marchando bastante tiempo aún, mirando á derecha y á izquierda, sin te-

ner conciencia de lo que quería, ni de lo que hacía, y sin darse cuenta de la inutilidad de aquella correría.

En el boulevard Sebastopol se paró; acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Cómo—se dijo—no me he acordado de avisar á Lucila y á su esposo? Ellos me hubiesen aconsejado lo que debiera hacer, ya que á mí, en estos momentos, no se me ocurre nada.

Subió á un coche, é hizo que le llevasen á la calle de la Magdalena.

¿Encontraría á los que iba á buscar? Desde hacía tiempo les visitaba muy de tarde en tarde. Sin embargo, la benevolencia de los señores de Saire no le había faltado nunca. Aquel matrimonio, tan honrado como laborioso, por cima de toda pequeñez y de toda servidumbre, reservado en sus relaciones, pero entregado enteramente á sus amigos, no se ocupaba de la situación irregular de Didier y de Marcela. Los trataba como si estuviesen casados, y les colmaba en público de tantas atenciones y agasajos, que les imponía á la sociedad.

Didier se había ido alejando poco á poco de su intimidad, porque temía mortificar á los señores de Saire, conteniendo la independencia de su carácter, la originalidad de sus ma-

neras, que le habían disgustado en ciertas reuniones. Acaso obedeciese también á un sentimiento que él no confesaba: aquel hogar de Epicuros, perfectamente dichosos, la completa ociosidad de Lucila, el fácil trabajo á que se entregaba Jorge y que le bastaba, no sólo para vivir bien, sino también para prepararse un porvenir tranquilo, entristecían á Didier.

No era envidia, pues ésta, no tenía sitio en su corazón. A pesar suyo, su pensamiento se dirigía á su querida compañera, condenada á toda clase de privaciones, y á sí mismo, que por una fatalidad inexplicable, se veía obligado á renunciar á toda esperanza de mejorar la suerte de la que él amaba. Absteníase, pues, de acudir á las reiteradas invitaciones de sus amigos, dejando á Marcela en libertad de visitar á Lucila y de llevar con ella á su querida Luisa, de quien aquélla había sido madrina.

Pero en aquel momento, Didier no tenía derecho á ocuparse ni de sus susceptibilidades ni de sus escrúpulos. Debía recordar únicamente el interés que siempre le habían demostrado y que le permitía, á pesar de lo avanzado de la hora, confiar su desesperación á sus amigos é implorar su ayuda.

.....
Mientras se dirigía á casa de Lucila y de

Jorge, Marcela, sola en su cuarto, entregada por entero á sus pensamientos, sufría aún más que Didier, que tenía preocupado el espíritu con los pasos y los informes que estaba dando. Había abierto la ventana de su cuarto y miraba hacia la calle de Amsterdam.

A cada instante, animados y alegres grupos que se dirigían á sus moradas respectivas, después de pasar un día feliz en el campo, pasaban por debajo de sus ventanas. En la mayoría de ellos veía alguna niña que, fatigada y medio dormida, tiraba de las faldas de su madre, tendiendo sus bracitos para que la alzasen del suelo.

¡Cuán felices eran aquellas gentes! Iban á entrar en su casa con su niña, la desnudarian, la acostarían y podrían hacerla su última caricia y velar su sueño. ¡Pero ella iba á pasar la noche en la ventana, escuchando los rumores que de la calle llegasen, en acecho de la vuelta de su hija, que no vería más!

La camita de Luisa estaba allí, fría, solitaria, triste y desconsolada.

De cuando en cuando se paraba algún carruaje.

Marcela se inclinaba imprudentemente sobre el cerco de la ventana tratando de penetrar y de ver á través de las tinieblas. ¡Si su

hija habría sido recogida por alguna persona caritativa y se bajaría de aquel carruaje!

Pero no parecía ninguna niña. Pensaba entonces que la calle estaba mal alumbrada, y que no había visto bien. Dejaba la ventana y atravesaba corriendo la sala y la antesala, y llegaba hasta el descansillo de la escalera.

Alguien subía por ella.

Inclinada sobre la barandilla, atenta, anhelosa, Marcela trataba de escuchar y de oír. ¡Ay! era cualquier inquilino que entraba en la casa, y se detenía en los primeros pisos ó pasaba por delante de ella para subir más arriba.

Cansada de tantas esperanzas fallidas, cerró la ventana y trató de hacerse sorda á todo ruido. ¿Pero cómo hacerse de pronto insensible, no pensar en la pérdida que había tenido, olvidar aquella hija que por la mañana aún llenaba la casa con sus juegos y sus risas? Quería hacerse la ilusión de que Luisa estaba en su lecho, que acababa de acostarla. Iba á buscar sus vestidos, que habían quedado esparcidos en el tocador: la falda, la camiseta, las medias, las botitas que había quitado á la niña por la tarde cuando la vistió para salir. Con la cabeza débil y enfermo el cerebro, alucinada por el dolor y el ayuno, porque no había tomado nada desde por la

mañana, se creyó madre aún, y según su costumbre diaria, colocó en el armario de luna los objetos tirados aquí y allá. Andaba de puntillas, haciendo el menor ruido posible, y cantaba por lo bajo, como hacía siempre, para que la niña se durmiese al sonido de su voz.

El sueño desapareció de repente; la realidad se levantó ante ella.

—No—exclamó con desesperación;—¡si no está aquí! ¡No estará nunca, no la veré más! Y perdida la razón, medio loca, añadió:

—¡No quiero vivir sin ella; deseo la muerte! Entonces se dirigió á un secreter, anduvo rebuscando en un botiquín de viaje, que todas las madres tienen siempre, y cogió un frasco de láudano.

XX

El carruaje que condujo á Didier á casa de Lucila y de su esposo se detuvo en el número 20 de la calle de la Magdalena.

El señor de Prades se apeó y miró hacia las

ventanas del piso tercero. Ningún rayo de luz se percibía á través de las persianas y las cortinas. La estancia parecía desierta. Acaso el joven matrimonio hubiese salido de París el sábado por la noche para no volver hasta el lunes. Jorge, á quien la Bolsa dejaba pocos momentos de descanso, le gustaba hacer alguna escapatoria en el verano con su querida legal, como él llamaba á su esposa, y pasar á solas con ella cuarenta y ocho horas en una casa de campo retirada, ó en alguna playa no frecuentada por los bañistas.

Este temor no hizo más que pasar por la imaginación de Didier: los señores de Saire eran demasiado parisienses para haber sacrificado el día en que se disputaba el gran premio, en su ciudad natal, á sus aficiones campesinas y marítimas. Habrían estado, sin duda, en las carreras, pero cansados, se habrían acostado temprano.

¿Qué haría? ¿Le sería permitido subir hasta su cuarto y ver si encontraba algún criado dispuesto á despertar á sus señores? ¿No sería mejor dejar hasta el día siguiente sus tristes confidencias? Si Jorge y Lucila le daban algún consejo útil, ¿podría ponerlo en práctica antes del día siguiente?

Mientras dudaba de este modo, le pareció

distinguir un débil resplandor detrás de las persianas del salón. Miró más atentamente: tres ventanas de la habitación parecían en efecto menos oscuras que las otras.

Entonces se dirigió á la puerta de entrada y llamó. El portero abrió y le dejó subir sin preguntarle nada.

Al llegar al piso donde vivían los señores de Saire, Didier escuchó; rumores confusos llegaron hasta él.

Llamó dulcemente primero, después un poco más fuerte. Después de una corta espera le abrieron, y vió á Jorge que tenía una bujía en la mano.

—¡Vos aquí! ¡á estas horas!—exclamó alegremente Jorge al conocer á Didier.—¡El diablo me lleve si os esperaba! ¡Pero sed muy bien venido!

Atravesó la antesala, levantando la bujía para iluminar el camino, y sin volverse le dijo:

—Es un milagro encontrarnos de pie á estas horas. Imagináos que he ganado hoy en las carreras una cantidad fabulosa. Han venido á comer á mi casa, y á fuerza de ruegos, han obtenido permiso de Lucila para jugar al *bacarrat*. Contra todas nuestras costumbres, hemos consentido y he vuelto á perder las ganancias de la mañana.

Estaban á la puerta de la sala.

Jorge la abrió.

Al rededor de un velador grande, llamado por excepci3n á desempeñar funciones de mesa de juego, se hallaban reunidos todos los amigos íntimos de la casa. Unos, algo excitados por una comida opípara, jugaban con verdadera afición, pero con una inexperiencia que decía mucho en su favor; otros, sentados detrás de ellos, ó en pie á alguna distancia, se contentaban con mirarlos. Lucila con un elegante traje de reuni3n, cuyo cuerpo con escote cuadrado dejaba al descubierto parte de su espalda y de su pecho, se ocupaba en llenar de ponche ó de te los vasos de cristal de Bohemia ó las tazas de porcelana de Sevres, colocadas delante de los invitados. No prestaba atenci3n al *bacarrat* más que para intervenir en la partida, cuando la parecía que tomaba proporciones alarmantes.

—No, no—decía ella entonces aproximándose,—no quiero que se juegue tan en grande en mi casa. Si continuáis así, apago las luces.

—Pierdo sumas enormes—respondía riéndose el príncipe G... á quien hemos visto en los Campos Elíseos presenciando el desfile de los coches que habían estado en las carreras.—¿Cómo me voy á desquitar si no me dejáis que talle?

—Os desquitaréis mañana en el círculo—contestaba Lucila.—Esta noche me han prometido todos ser prudentes.

—Bueno, obedezco—dijo el príncipe.

—Para premiaros, aquí tenéis ponche de *kirsch*.

Ese *bacarrat* de familia, entre amigos íntimos y bajo la vigilancia inmediata de la dueña de la casa, á quien todos tenían un verdadero placer en acceder á sus ruegos, no se parecía en nada á esas partidas terribles en que los jugadores, pálidos, calenturientos, inclinados sobre la mesa, no tienen miradas más que para las cartas, y abren la boca tan sólo para pronunciar las consabidas palabras de: «doy nueve, no quiero, *bacarrat*, tiro con cinco.»

Se interrumpía el juego para decirse algunas frases unos á otros, y dirigir un cumplimiento de buen gusto á la señora de la casa. En la sala reinaba la animaci3n de todos los días, se hablaba mucho y en particular de música. Las bujías rosa y azul de la araña de cristal de Venecia, ardían alegremente en sus arandelas de color, y S... el agente de cambios tan querido de todos en la Bolsa como temible en las salas de armas, se sentó al piano y tocaba una preciosa polka de Rillé.

—Pero entrad—dijo Jorge que, después de

haber abierto la puerta del salón, se apercibió de que Didier no le seguía.

—No, no—dijo el señor de Prades volviéndose hacia atrás.

Jorge se volvió también. La luz que llevaba en la mano dió de lleno en la cara de Didier.

—¡Qué pálido estáis!—exclamó Jorge.—¿Qué tenéis? ¿Os ha sucedido alguna desgracia? ¿Veníais acaso á decirnosla?

—Sí, sí, en efecto, ¡una gran desgracia!

—Y yo que no adivinaba nada... Perdonadme, amigo mío, perdonadme... ¡Ah! ahora comprendo por qué no queríais entrar en la sala.

Abrió una puerta y haciendo pasar delante á Didier, le dijo:

—Entrad aquí en mi despacho, estaremos solos. ¿Qué ha sucedido? Decídmelo, que estoy muy intranquilo.

En un instante Jorge estuvo al corriente de la situación.

—¡Espantoso!—exclamó:—¡horrible! ¡Lucila lo va á sentir muchísimo! No tenemos niños y quiere á su ahijada con toda el alma. Voy á hacerla saber tan infausta nueva, y después, entre los tres, determinaremos qué hemos de hacer; esperad, vuelvo al momento.

Dirigióse á la sala á buscar á su mujer.

Cuando fueron á reunirse con el señor de Prades, al cabo de algunos instantes, Lucila tenía el semblante demudado.

—¿Qué vamos á hacer?—dijo á Didier, tendiéndole la mano.

—A preguntároslo he venido—respondió Didier.

De repente exclamó Lucila:

—¿Y Marcela? ¿Dónde está ahora? ¿Quién está á su lado?

—Nadie. Desde hace algún tiempo no tenemos doncella, y la criada había pedido permiso para salir.

—Pues es preciso ir y no separarse de Marcela; es una imprudencia dejarla sola en estos momentos. ¡Vamos, vamos pronto! Voy á echarme cualquier abrigo sobre los hombros y os acompañaré. Se pondrá muy contenta al verme. Tú, Jorge—añadió volviéndose hacia su marido,—entra en la sala y di que dejen de jugar. Esos señores dejarán las cartas en cuanto conozcan nuestra desgracia. Entre todos acordaréis lo que convenga hacer. Los que me estimen en algo se pondrán en campaña mañana mismo.

Lucila salió de allí. Cinco minutos escasos habrían transcurrido, cuando se unió á Didier y bajaron juntos la escalera. Habíase echado

precipitadamente un gran alboroz rojo, cuyo capuchón destacaba divinamente su pálido rostro.

Al llegar á la calle de Amsterdam, y después de hacer algunas preguntas á la portera, Didier y Lucila subieron deprisa la escalera. El gas estaba apagado, la casa silenciosa.

Detuviéronse en el cuarto piso y llamaron á la puerta.

Nadie respondió á su primer llamamiento. Entonces se acordó Didier de que tenía una llave de la habitación; la introdujo á fuerza de tanteos en la cerradura y abrió.

No se oía ruido alguno. No se veía ninguna luz.

Pasó el primero, y llevando de la mano á Lucila, la guió en la oscuridad hacia la sala.

Marcela no estaba allí.

Al buscar la puerta de la alcoba tropezaron con un velador, que cayó al suelo.

Marcela debía haber oído aquel ruido. ¿Por qué no salía á su encuentro?

¿Estaría dormida?

No; la inquietud, el dolor, la tenían despierta indudablemente.

Didier continuaba buscando la puerta de la alcoba, gritando:

—¡Marcela, Marcela, soy yo!

Nadie respondía.

Por fin encontró el picaporte, abrió, miró al interior, y dió un grito.

XXI

En el momento en que Marcela llevaba á sus labios el veneno que, desesperada, loca de dolor, la hemos visto apoderarse, oyó un campanillazo, y poco tiempo después, pasos en su habitación.

Era Didier que volvía, no podía dudarle, y aquella vuelta prevista por ella no debía impedirle para ejecutar su terrible proyecto.

Sin embargo se detuvo.

—¿Y si no viniese solo?... ¿Y si hubiese encontrado á su Luisita? ¿Y si la traía su hija?

Esperaba sonriendo, burlándose de sí misma, porque ya no tenía esperanzas, ya no creía en nada.

Pero podía aguardar un minuto más, sufrir otro poco.

El minuto había transcurrido. Didier aca-